



FRAGMENTACIÓN ESPACIAL Y SOCIAL: CONCEPTOS Y REALIDADES

Marie-France Prévôt Schapira*

A partir del ejemplo de Buenos Aires, la autora analiza los procesos de fragmentación que operan en las grandes metrópolis latinoamericanas. La noción de fragmentación pone el acento sobre la complejidad de las dinámicas socio-espaciales ligadas a la metropolización (estallido, separación, secesión), resultante de la agravación de las desigualdades sociales, el ascenso de la pobreza y la brutal pauperización de las clases medias. En Buenos Aires esos procesos se traducen en formas de territorialidad exacerbadas. Lógicas de demarcación y reagrupamientos afines (barrios privados) que ponen en peligro las formas de urbanización del pasado.

From the example of Buenos Aires, the author studies the fragmentation processes that work in big Latin American metropolis. The notion of fragmentation emphasizes the complexity of the socio-spatial dynamics related to metropolization (outbreak, separation, secession) resulting from the aggravation of social inequalities, the rise of poverty and the brutal impoverishment of middle classes. In Buenos Aires these processes result in exacerbated territoriality forms. They are demarcation logics and similar regroupings (private neighborhoods) that jeopardize past forms of urbanization.

Palabras clave: Buenos Aires, metropolización, fragmentación, pobreza, clases medias, barrios privados.

Key words: Buenos Aires, metropolization, fragmentation, poverty, middle classes, private neighborhoods.

Por su concepción, la ciudad de América Latina se sitúa en las antípodas de la ciudad norteamericana. Su extensión e inmensidad no son resultado del rechazo a la ciudad compacta ni de una postura antiurbana, sino de un esfuerzo sostenido por mantener su unidad. La anexión constante de nuevos territorios urbanos a la ciudad ha hecho también de estas metrópolis ciudades de propietarios pobres. Por ello se ha dicho que

* Profesora de la Universidad de París 8 (CRAG) y del Instituto de Altos Estudios de América Latina (París III), investigadora del CREDAL (Centro de Investigación y Documentación sobre América Latina).

son lugares extraordinarios de integración y promoción social, aunque las zonas desfavorecidas, mal equipadas y en situación irregular, constituyan la mayoría. Su capacidad de integrar a los pobres a la ciudad a través de formas clientelistas y de un fuerte imaginario político ha caracterizado a estas ciudades durante los años de crecimiento que van de la década de los cuarenta a la de los setenta del siglo xx.

Desde los años ochenta, aun cuando hay una tendencia a la democratización, esta imagen integradora de la ciudad latinoamericana ya no parece tener sentido. El aumento de la pobreza y la violencia y la aparición de nuevas formas de segregación en torno a la búsqueda de seguridad, hacen pensar que las metrópolis del sur ahora siguen el mismo camino que las de América del Norte. Sacudidas a fines de los años ochenta por los estallidos sociales en Buenos Aires, los saqueos en Brasil y el caracazo en Venezuela, estas ciudades están minadas en la actualidad por la desintegración social. Todo hace pensar que los Estados que estuvieron tan presentes en el destino de estas grandes metrópolis renuncian ahora al control de lo urbano. El término de crisis urbana se generaliza y subraya la erosión del pacto social populista que, bien que mal, había permitido integrar, bajo un modelo clientelista, a los nuevos ciudadanos.

Sin duda esta crisis urbana presenta formas diferentes según se considere Buenos Aires, México, o las ciudades brasileñas. En Buenos Aires, al mismo tiempo próxima y distante de Europa, las formas de empobrecimiento de las clases medias fueron brutales, y es probable que aquí, más que en otras partes, las antiguas articulaciones entre identidades espaciales, sociales y políticas sean puestas en entredicho por la erosión del compromiso fordista. Durante los años noventa, Argentina deja de ser una sociedad políticamente dividida y socialmente integrada. Por el contrario, en México, el peso del Estado, los corporativismos y relaciones clientelares permanecen muy presentes en las recomposiciones actuales. En la ciudad de México (Distrito Federal), los vendedores ambulantes, los pequeños caciques urbanos y los policías controlados por el PRI (Partido Revolucionario Institucional) desafían cada día a las nuevas autoridades municipales del PRD (Partido de la Revolución Democrática), electas en junio de 1997. Por último, en las ciudades brasileñas, las evoluciones son más contradictorias, con desigualdades más dolorosas y formas de segregación más arraigadas.

Más allá de las diferencias, ¿es posible identificar el surgimiento de un nuevo modelo, más disperso, menos jerárquico, que sustituya al de la ciudad orgánica: el de la ciudad fragmentada? La noción de fragmentación apareció a fines de los años ochenta en la literatura dedicada a la ciudad, tanto del sur como del norte. Esta noción asocia componentes espaciales (desconexión física, discontinuidades morfológicas), dimensiones sociales (repliegue comu-

nitario, lógicas exclusivas) y políticas (dispersión de actores y autonomización de dispositivos de gestión y regulación urbana). Paralelamente a los procesos de metropolización y a la globalización (constantemente invocada), en el interior de la ciudad se desarrollaron lógicas de separación y nuevas “fronteras urbanas”, que de nuevo ponen en tela de juicio las formas de incorporación a la ciudad del periodo nacional-popular (Smith y Williams, 1986).

La ciudad nacional-popular: desbordamiento popular e incorporación a la ciudad

Por su amplitud, las ciudades de las que estamos hablando conocieron en el siglo xx crecimientos urbanos únicos en la historia del mundo. Las expresiones “desbordamiento popular” (Matos Mar, 1984), “aluvión zoológico”, “ciudad monstruosa” e incluso “ciudad de masas” traducen el sentimiento de caos y desorden, pero también de vitalidad que produjo la aceleración del crecimiento urbano y su corolario, la expansión urbana. Durante más de 40 años, considerables superficies fueron invadidas y después urbanizadas por sus habitantes. Más allá de la diversidad de las modalidades de creación de periferias —invasiones resultantes de luchas urbanas vigorosas como en Brasil o negociadas en el marco del sistema clientelista como en México—, éstas están fuertemente marcadas por la desigualdad y la precariedad. Estos nuevos territorios urbanos —colonias proletarias, invasiones, ranchos, barriadas— se han incorporado progresivamente al espacio metropolitano mediante mecanismos de regularización que han sido objeto de numerosos estudios.

A diferencia de la ciudad norteamericana, la expansión urbana a la latina no es resultado, como lo hemos visto, de una postura antiurbana sino de políticas públicas y mecanismos de mercado que expulsan a las poblaciones de desposeídos. Es verdad que una parte de esas inmensas periferias escapan del subdesarrollo, porque la extensión urbana es también resultado de un proceso de suburbanización a la americana de colonias residenciales, que ocupan amplias porciones de espacio, con una lógica segregativa perfectamente visible. Pero los human settlements, “asentamientos humanos”, —palabra onusiana forjada en los años setenta para designar a las urbanizaciones lejanas, autoconstruidas y mal equipadas— dominan el espacio periférico de las ciudades de América Latina.

Sin embargo, en estas metrópolis llenas de expectativas para los inmigrantes atraídos por las luces de la ciudad se concentran las inversiones del Estado de bienestar (hospitales, universidades, museos, transportes públicos subvencionados) y las industrias de sustitución; hemos visto igual-

mente el surgimiento de las clases medias que han crecido a la sombra del Estado. Ellas han sido, con los obreros de la gran industria, los beneficiarios del modelo desarrollista impulsado por la idea de progreso y modernidad. Asimismo, aunque la fábrica y el trabajo asalariado dejan de lado a una gran parte de los inmigrantes —“los marginados”, “los informales”—, el desarrollo del sector asalariado durante el periodo de industrialización por sustitución de importaciones ha convertido a los trabajadores protegidos en “el horizonte posible de los otros”, en ciudades donde las distancias sociales no excluyen ni las mezclas ni la movilidad.¹ Durante esos años de crecimiento (1940-1970) hubo creaciones masivas de empleos autosostenidos por el mismo desarrollo urbano. La extensión de barrios “espontáneos”, las formas de acceso a la tierra y a la vivienda han mostrado que en la ciudad nacional-popular no había una relación directa entre el desarrollo del sector asalariado y la incorporación a la ciudad.

Por ello se puede decir que las “ciudades de América Latina han sido lugares extraordinarios de integración y promoción social” aunque las “zonas desfavorecidas” mal equipadas y en situación irregular sean las más numerosas de la ciudad. Esas formas de integración política y territorial se acompañan de representaciones muy discriminadoras de los lugares de pobreza y de sus habitantes: los cabecitas negras de Buenos Aires e incluso los “bahianos” de San Pablo. Pero la gran capacidad de incorporar a los pobres, los humildes, los descamisados, a la ciudad y a la nación, mediante formas clientelistas y un imaginario político fuerte, ha caracterizado el modelo urbano de los años de crecimiento. Esta ambivalencia de la gran ciudad nacional-popular es la que ha fascinado y a la vez inquietó —como dijo Claude Bataillon a propósito de México:

Fascinados por el sorprendente éxito de los arreglos del populismo mexicano, su flexibilidad de evolución y su capacidad de soportar un crecimiento demográfico que no podía más que continuar haciendo de México la ciudad más grande del mundo. Inquietos porque las tensiones, desigualdades sociales, la corrupción, llegaron a dimensiones consideradas incontrolables (Bataillon, 1993).

La idea de integración en sociedades profundamente dualistas ha dominado el modelo desarrollista. Ahora bien, la década perdida vio cerrarse el espacio del populismo de Estado. En todas partes, el Estado es menos integrador, menos redistribuidor, menos promotor. En un contexto de empobrecimiento y desmantelamiento de la reglamentación estatal, los años ochenta son igualmente el momento en que se da, a través de los organismos prestadores (FMI, BM), la convergencia de dos tradiciones, dos gestiones,

¹ Cf. La película *Nosotros los pobres* de Ismael Rodríguez que proporciona una visión idealizada del pequeño pueblo de México, en los años cuarenta y cincuenta.

una de solidaridad latina de tipo clientelista y estatal, otra de ascendencia anglosajona —inspirada por el Banco Mundial—, que llevó a los Estados a desarrollar políticas compensatorias con respecto a los pobres urbanos.

De hecho, ha habido cambios profundos que han afectado las formas de intervención del Estado en materia de gestión de los barrios pobres. Se pasa de una concepción tutelar del Estado en la cual las políticas sociales estaban directamente articuladas a un proyecto nacional de desarrollo, a formas de asistencia dirigidas y distribuidas de manera descentralizada. El sistema de protección social sumamente impregnado de la lógica corporativista (“ciudadanía regulada basada en la actividad profesional) se debilita, mientras que la asistencia social pierde su carácter residual para ocuparse de aquellos que el nuevo modelo de crecimiento deja en el camino (Lautier, 1999). A las políticas asistenciales se les adjudica un campo cada vez más extenso, porque se trata de soslayar la pobreza en el marco de la nueva *gouvernance* (el buen gobierno), en las ciudades que concentran el mayor número de pobres. Se aprecia perfectamente que se ha entrado en otra lógica, que ya no es la planificación urbana y el desarrollo de infraestructura y servicios en los barrios desprotegidos promovidos por la conferencia del Hábitat I de Vancouver (1972); ahora se trata de la eficacia apoyada a la vez en los mecanismos de mercado (desreglamentación y privatización) y en formas de representación democráticas a nivel local. Esto constituye un elemento fundamental para comprender la nueva cuestión urbana.

De la marginalidad a la fragmentación: estado de la cuestión

Las grandes metrópolis latinoamericanas viven hoy las consecuencias de un proceso acelerado de crecimiento que no se modificó sino hasta la década de los ochenta —la década perdida— en un momento en que la crisis y la liberación de las economías implican el incremento espectacular de lo informal, el desempleo y la pobreza urbana. En ese momento el término “crisis urbana” se generaliza, sin que se explicité lo que significa. La pertinencia del empleo de tal noción ha sido muy discutida porque se aprecia claramente que es ambigua y flexible.² De hecho, la expresión se impuso con la desaparición de algunas certezas anteriores que marcaron el periodo populista: la integración de la población a la ciudad a través del desarrollo del sector asalariado y un urbanismo planificado. En efecto, los

² En un artículo escrito poco después de los estallidos del hambre en 1989 en los alrededores de Buenos Aires, yo misma utilicé el término “crisis urbana”, en tanto la expresión tenía el valor de evidencia, en un momento en que los signos manifiestos eran los saqueos a los supermercados, la inmovilización de los más pobres a los confines de la ciudad, las ocupaciones colectivas de tierras y los cortes de electricidad varias horas por día (Prévôt Schapira, 1990).

teóricos de la marginalidad pusieron énfasis en la existencia de una masa marginal que no se había tomado en cuenta. Pero, hasta los años setenta, la ciudad se había considerado ante todo como un espacio de progreso y modernidad. Por ello, la noción de “crisis urbana” no analiza tanto las disfuncionalidades que para muchos no son nuevas (contaminación, escasez de alojamiento, insuficiente cobertura de servicios urbanos, etc.), sino que subraya el bloqueo del modelo de integración nacional-popular.

¿La “crisis” produjo un nuevo modelo urbano? ¿Se puede hablar de una ruptura con las formas de urbanización precedentes? En América Latina, para calificar la crisis de las metrópolis, a partir de 1980 se observa el uso cada vez más frecuente de la noción de fragmentación (Vidal, 1995). El término supone que lo que debía mostrar un funcionamiento global estalló en múltiples unidades y que no habría ya una unidad del conjunto urbano. Se asistiría en el sentido geográfico y metafórico del término a una fragmentación cada vez mayor del mercado de trabajo, del sistema de transporte y a una involución del centro. ¿Una organización más dispersa, menos jerárquica, que ya no funcionaría según la ley de la renta de la tierra y de la “explotación urbana”, sustituiría al modelo anterior de ciudad orgánica?

A partir de entonces, la palabra fragmentación pertenece al vocabulario de lo urbano. Pero, ¿qué designa exactamente? Retomando al azar algunos artículos sobre las ciudades latinoamericanas, podemos medir hasta qué punto el término es polisémico.

En primer lugar, en una perspectiva histórica, la noción de fragmentación fue utilizada para analizar los procesos que hicieron estallar la unidad de la ciudad. En Hispanoamérica, la ciudad inmensa, la ciudad inabarcable, suponía una ruptura muy marcada entre ciudad y campo, entre la “civilización y la barbarie”. El temor por una urbanización desordenada que desborda el damero original, constituyó el objeto de preocupación para mantener la unidad de la ciudad. Así es como debe interpretarse la decisión en 1887 de crear en Buenos Aires una especie de “círculo defensivo” frente al campo, cuadruplicando la extensión de la jurisdicción de la ciudad que había sido convertida en capital federal en 1880 (Novick y Caride, 1999). Estamos en las antípodas de la concepción norteamericana.

Por otra parte, la noción se utiliza ampliamente para hacer hincapié en la ausencia de una autoridad metropolitana que cobija en su interior las diferentes entidades político-jurídicas de grandes aglomeraciones que se extienden más allá de las ciudades del centro. Evidentemente se pueden citar muchos ejemplos de esta fragmentación institucional, tales como Buenos Aires, México, San Pablo, porque, a pesar de los debates candentes sobre la necesidad de crear instancias de aglomeración, raras son las ciudades que las tienen.

La idea se retoma para subrayar las consecuencias de las nuevas lógicas que presiden la gestión de los servicios privatizados. Esther Schiavo en su estudio sobre la municipalidad de Quilmes, situada en la periferia sur de la aglomeración de Buenos Aires, insiste sobre las nuevas formas de estructuración de redes técnicas privatizadas que acentúan la fragmentación del territorio, porque las inversiones actuales corresponden ante todo a lógicas que se inscriben en el perímetro de la concesión y de sus redes consolidadas (efecto túnel) (Schiavo, 1997).

En numerosos trabajos, la noción de fragmentación está igualmente asociada al proceso de creación de territorios ad hoc en los que se despliegan las nuevas políticas sociales destinadas a las poblaciones pobres. En un artículo sobre Recife, Jan Bitoun demuestra que las múltiples divisiones que realizó la municipalidad progresista de Recife en las zonas pobres, los ZEIZ (zonas especiales de interés social) o las áreas pobres contribuyen a la fragmentación del espacio (Bitoun, 1999).

En fin, el término se emplea para analizar un fenómeno cada vez más frecuente en la gran metrópolis latinoamericana, la proximidad de ricos y pobres, pero en espacios herméticamente cerrados, lo que establece relaciones asimétricas entre las dos partes de la ciudad. San Pablo, que vio nacer desde los años setenta el inmenso barrio privado de Alphaville, aparece en muchos aspectos como el caso emblemático de la “metrópolis corporativa y fragmentada” (Santos, 1990). La materialización cada día más visible de los procesos de separación, de aislamiento —exclusión y archipiélizaci3n—, mediante muros, rejas, barreras, “aduanas privadas”, ha contribuido ampliamente a la banalizaci3n del término.

En nuestro análisis privilegiamos este último aspecto, pero todos los enfoques tienen en común establecer un vínculo entre las dinámicas espaciales ligadas a la metropolizaci3n (extensi3n, movilidad, surgimiento de nuevas centralidades) y los procesos de fragmentaci3n de la unidad, como resultado de la agravaci3n de las desigualdades sociales, de formas no solidarias y reagrupamientos por afinidad.

La idea de fragmentaci3n tan debatida va acompañada a la de una ciudad dual. Ciertos autores (Sassen, 1991; Mollenkopf y Castells, 1992) hacen de la globalizaci3n el paradigma explicativo de un proceso mayor de dualizaci3n de la estructura social y espacial de las grandes ciudades. El análisis de la ciudad dual se basa en la siguiente hipótesis: las evoluciones económicas que caracterizan a las grandes metrópolis, especialmente las global cities (financiamiento, desarrollo de servicios “avanzados” y de mando) implican un declive de las clases medias que en gran medida habían constituido la ciudad “fordista”. Se podría discutir el empleo de ese término en los países en desarrollo. Pero, a pesar de todo, América Latina tuvo sus

Treinta Gloriosos”. La gran expansión urbana de los años cuarenta a sesenta corresponde al desarrollo de industrias de sustitución, de los asalariados y de las clases medias urbanas.

¿Se puede hablar de una ruptura con los procesos observados en el pasado?

La segregación ha estado en el sustrato de la ciudad hispanoamericana al yuxtaponer en un mismo territorio dos espacios étnicos y jurídicos: la República de Españoles ubicada espacialmente en la cuadrícula central y la República de Indios situada en los barrios con límites más laxos (Lempérière, 1996). A partir de la segunda mitad del siglo XIX aparece una segregación del tipo hausmaniana, con bases clasistas. En México, la promoción de la tierra e inmobiliaria abre nuevos terrenos urbanos, “colonias” residenciales (la Roma, la Condesa, la Nápoles), al oeste de la ciudad, y al noreste, barrios de viviendas en arrendamiento para las clases populares (vecindades) en la Guerrero y Tepito. En los años setenta, en América Latina, se ha teorizado y reflexionado en términos de marginalidad y expoliación urbana sobre la relación entre espacio y población pobre, no integrada al mercado de trabajo, que vive en condiciones extremadamente precarias. La sociología urbana estructuralista marxista (Castells, 1974) se dedicó entonces a comprender cómo se traducen en el espacio los procesos de dominación y de dependencia, que engendran inmensas periferias o “urbanizaciones”, para retomar el término empleado en Brasil.

Sin duda conviene abordar el término fragmentación con la distancia crítica suficiente y tener cuidado con las proyecciones demasiado simplistas desde lo espacial hacia lo social. Lo importante en esta definición es que destaca la complejidad de los cambios operados en la gran ciudad latinoamericana, y la idea es que una sociedad en archipiélago produce un entrelazamiento de diferentes espacios y otorga una visibilidad acrecentada a las diferencias, los repliegues y los comunitarismos de todo tipo, lo que pone en peligro las formas de urbanización pasadas ampliamente construidas sobre la existencia de un espacio público. Para retomar los términos de F. Navez-Bouchanine (2001), “La noción expresa una disociación social de las partes en relación con un conjunto urbano, una ruptura que puede llegar a la autonomía total, una fragmentación de la sociedad urbana como unidad y su reemplazo por una serie de territorios marcadamente identitarios”.

A partir del ejemplo paradigmático de Buenos Aires, se trata de demostrar la pertinencia de tal hipótesis. La fabricación de territorios de “sí mismos”, ligados a estrategias residenciales afines, por una parte, y la sedimentación de la pobreza en los barrios de exclusión (villas miseria, asentamientos), por otra, son realmente las formas extremas y simétricas de ese proceso. Las formas de dilución de la pobreza alcanzan a gran parte

del territorio y avivan las diferencias entre los barrios, entre las manzanas, lo que establece nuevas fronteras entre los ricos y los pobres, pero también entre los pobres y los menos pobres. En estas zonas intermedias, entre los bolsones de la pobreza y los barrios privados, actúan los procesos de “atomización privatizadora” que desestructuran la ciudad.

Buenos Aires: caída de las clases medias y crisis del espacio público

Durante los años noventa, en la época del menemismo, Buenos Aires fue un lugar de transformaciones rápidas y espectaculares que se pueden resumir con el término de metropolización. La terciarización de la economía, la privatización de los servicios urbanos, el desarrollo del sector inmobiliario, aunados a los nuevos modos de consumo y de esparcimiento, transformaron profundamente la organización económica, social y urbanística de este amplio conglomerado de más de 12 millones de habitantes. Estos cambios marcaron el fin de un ciclo que se inició con la federalización de la ciudad capital en 1880. Hace un siglo, el papel del Estado permitió poner en práctica formas de integración en una ciudad que aspiraba a ser la encarnación de la Nación. En los años noventa se ingresó en una lógica privada que transformó la ciudad en “fragmentos”. El ascenso de la pobreza, la pauperización de una gran parte de las clases medias, por un lado, y el enriquecimiento de una minoría, por el otro, diseñaron una nueva geografía de los centros y los márgenes en ruptura con el modelo centro/periferia, del “centro hacia los barrios”, que había guiado la extensión de la ciudad durante más de un siglo (Scobie, 1977). Estos cambios, en consonancia con la mundialización, se incorporan a la historia de una sociedad atravesada, en estas dos últimas décadas, por ciertas experiencias como dictadura, empobrecimiento, desocupación, corrupción que marcaron en gran forma el “fin de las ilusiones”. En este contexto conviene reubicar las recomposiciones socio-territoriales, algunas de las cuales son espectaculares (los grandes proyectos urbanísticos), otras más sutiles (micro-privatizaciones, lógicas de separación) pero todas, a su manera, participan del proceso de fragmentación de los territorios de la ciudad y la dualización de la sociedad.

Flexibilización, precariedad, desocupación y pobreza

En junio de 1999 una evaluación del Banco Mundial titulada Argentina, evaluación de la pobreza, provocó un escándalo porque, según este documento, más del 40% de los 37 millones de argentinos se encuentran por debajo del

nivel de la pobreza. En Buenos Aires la encuesta permanente de hogares (EPH) del INDEC de mayo de 1999 mostraba que los pobres y los indigentes representaban respectivamente 27% y 7% de los habitantes del conglomerado.³ En las afueras y más en particular dentro de las municipalidades de la segunda corona, esas formas de empobrecimiento han sido más brutales. Pero la pobreza, por largo tiempo asociada a la marginalidad, se extiende a un estrato híbrido: el de los “nuevos pobres”. Si la “desestabilización de los estables”, “la vulnerabilidad de las masas” (Castel, 1995), en un primer momento estuvo ligada a la vertiginosa disminución de los ingresos en razón de la hiperinflación de los años ochenta, en lo sucesivo aparece asociada al aumento de la desocupación, a partir de la puesta en marcha de la convertibilidad en 1991 que alcanzó a un 17% de la población del Conurbano. Después de una ligera disminución de la desocupación entre 1996 y 1998, la prolongada recesión de estos tres últimos años ha desvanecido para muchos la perspectiva de encontrar un empleo estable.

La progresión masiva y repentina de los Sin trabajo en el inicio del periodo de reactivación económica no sólo se explica por los despidos (Becarria y López, 1996), sino también por la entrada de nuevas categorías de población al mercado de trabajo (jóvenes y mujeres) y por el hecho de que más del 20% de los demandantes de empleo son trabajadores que buscan un segundo empleo para compensar la baja de sus ingresos, en un contexto de gran flexibilización y externacionalización de una amplia parte de las tareas de producción y servicios. Precariedad e informalidad son particularmente fuertes en las PYMES de la construcción y del comercio. De todas formas la desocupación masiva no originó únicamente un crecimiento proporcional del sector informal, sino su transformación profunda. El sector se “profesionaliza”, se “asalariza” y se “masculiniza”. Se asiste a un fuerte avance de lo informal en el seno mismo del sector formal con la multiplicación de contratos precarios (contratos basura) y de empleos informales en razón del incumplimiento de la ley de trabajo y de la integración de los más pobres en programas de tipo *workfare* (Plan Barrios, Plan Trabajar), sin ninguna protección social (Prévôt Schapira, 1996, 2000).⁴ En 1998, el número de asalariados sin prestación social representaba el 37% de la población económicamente activa (PEA).

³ Cf. Artemio López, “Pobreza e indigencia en el GBA. Evolución de los años 1998/1999”, agosto 1999, *Equis*.

⁴ El Plan Barrios bonaerense es un programa de la provincia de Buenos Aires lanzado en agosto de 1997, en un momento en que la desocupación alcanzó un nivel récord —entre el 20 y 30%— en las comunas del segundo entorno. Este plan financiado por la provincia se apoyaba en las autoridades municipales para identificar a los beneficiarios que recibían un salario mensual de 200 dólares: los jefes de familia por debajo del nivel de indigencia, pero reunidos en un mismo territorio para asegurar, en equipo, trabajos comunitarios. En 1998, son más de 60 mil personas, o sea un tercio de los hogares “extremadamente pobres” del Conurbano que estaban involucrados por el Plan. Cf. Plan Barrios Bonaerense: aspectos conceptuales, metodológicos y operativos, Proyecto ARG97/037, PNUD, diciembre 1999.

En fin, la informalidad no concierne solamente a las actividades consideradas tradicionalmente como precarias, sino también a empleos calificados con relaciones de trabajo muy precarias, particularmente por jóvenes que están entrando en la vida activa (arquitectos, diseñadores, periodistas, técnicos). Además, al lado de eso que algunos llaman “la economía popular”, constituida por estrategias de sobrevivencia, de maña, de tráfico y recuperaciones, de pequeños oficios y prácticas solidarias vemos desarrollarse, por otra parte, una informalidad en el amplio vivero de los Sin trabajo. Esta se articula a los nuevos sectores de la economía avanzada (servicios de mantenimiento a las empresas) y se dirige a los hogares acomodados, a las “nuevas elites urbanas”, que desarrollan formas renovadas de consumo y esparcimiento (repartidores de pizzas, paseadores de perros, servicios de mensajería, etcétera).

Un estudio del INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) se ha ocupado de ubicar, a escala del Conurbano, los efectos de las políticas de ajustes del empleo y los ingresos a nivel local. Este trabajo muestra una fuerte polarización geográfica. Los municipios de la periferia norte, los más acomodados (Vicente López, San Isidro), tuvieron una buena inserción de la población activa en el sector terciario financiero y de servicios, así como una débil tasa de desempleo. Por el contrario, en las municipalidades más pobres (Moreno, Florencio Varela, Merlo, Berazategui, La Matanza), se observa un agravaamiento de la precariedad y del desempleo, al igual que una disminución del ingreso por hogar más pronunciada que en el resto del Conurbano. Las antiguas oposiciones (centro/periferia, norte/sur, primera/segunda corona) se agudizan, como lo muestran los indicadores de ingreso, salud y mortalidad infantil. De todas formas, a esas oposiciones tradicionales se superponen nuevas “fronteras” vinculadas al crecimiento de la pobreza y la pauperización de sectores enteros de la sociedad.

La “desestabilización de los estables”

Trabajos recientes sobre ciudades brasileñas demuestran que conviene moderar los discursos muy generalizantes sobre la “ciudad dual” y que las trayectorias de cada una de ellas constituyen realidades muy diversas (Préteceille y de Queiroz Ribeiro, 1999). Sin embargo, en Buenos Aires la crisis de los años ochenta y, paradójicamente, la reactivación económica de los años noventa, ha profundizado las divisiones dentro del amplio abanico de las clases medias, entre aquellos que son incorporados al crecimiento y los “nuevos pobres”. Según Minujin y Kessler (1995), al comienzo de los años noventa, el fenómeno de la nueva pobreza toca a más del 18% de la población del Gran Buenos Aires.

Asimismo, a la sedimentación de la pobreza estructural (NBI) presente en las comunidades de la periferia y en los barrios pericentrales del sur de la capital, a partir de los años ochenta se ha agregado la pauperización de la clase media en un país donde ésta había conformado la idea de nación y su modelo histórico-cultural. A partir de ahí el discurso “sobre el fin de la clase media” está asociado a la liquidación de un proyecto de país con un pasado nacional próspero. Al hacerlo, Argentina se aproximaría a Brasil que representa el tipo mismo de sociedad dual, devastada por la miseria y la violencia” (Kessler, 1999). El empobrecimiento todavía no implicó una sociedad dual, la clase media no desapareció, pero el temor a la brasilianización de la ciudad y al desempleo alimenta el discurso sobre seguridad y las lógicas de exclusión, en una ciudad estimulada por la llegada de las inversiones extranjeras.⁵

Evidentemente esto puede parecer contradictorio con la aparición masiva de centros comerciales y urbanizaciones privadas que surgieron en los años noventa. No lo es. Representan la otra cara del cambio, porque los grupos involucrados en el crecimiento económico son, en muchos aspectos, los productores y consumidores de los nuevos estilos de vida y de ciudad. Estos grupos están compuestos en su gran mayoría por profesionales asociados a las nuevas competencias (diseñadores, gestores, los *symbolic analysts* de los que habla R. Reich), que trabajan en su gran mayoría en las empresas más involucradas en la mundialización. ¿Esta suerte de clase media alta corresponde a la “clase de servicios” definida por la sociología anglosajona? En el caso argentino, Maristella Svampa subraya que esta categoría debe ser repensada a la luz de las fuertes turbulencias que sacuden la sociedad argentina y que fragilizan a los sectores competitivos situados en la cima de la pirámide (Svampa, 2000). Sea como fuere, en respuesta a la creciente incertidumbre, el nuevo estilo de vida del cual es portadora esta “clase de servicios” se caracteriza por un rechazo creciente por la vida pública y por un relegamiento a la esfera privada. A semejanza de lo que sucede en otras metrópolis latinoamericanas, la década de 1990 vivió el desarrollo rápido de formas de urbanización privadas: clubes de campo, barrios cerrados, en la lejana periferia, a unos cincuenta kilómetros del centro. En pocos años, Pilar, verdadera *edge-city*, surgió en los linderos de este vasto conglomerado de más de 12 millones de habitantes (Thuillier, 2000).

La privatización del espacio público —que se volvió “necesaria”, a los ojos de ciertos grupos, por razones de exclusividad y seguridad— plantea

⁵ Pablo Cicolella estima que las inversiones extranjeras directas (IED), (contando las fusiones-adquisiciones y las privatizaciones), han estado en el orden de 100 millones de dólares en los años noventa y que la mitad de ellas se realizaron en la región metropolitana de Buenos Aires, particularmente en la capital (Cicolella, 2000).

la pregunta de la nueva legislación que debe regir esos nuevos territorios. Porque esta forma de subordinación, a diferencia de la descrita por Hoyt en las ciudades estadounidenses de los años veinte, no se realizó en tierras vírgenes, sino en franjas de una inmensa metrópolis caracterizada por un proceso anterior de urbanización popular, de periferias habitadas por poblaciones empobrecidas, lo que origina la necesidad de cerrar los espacios y de vigilar la entrada. Con una velocidad sorprendente, se ve cómo el nuevo imaginario urbano y las aspiraciones de grupos sociales acomodados cambian la ciudad (Ascher y Godard, 1999), sin que ello implique que las autopistas y los enclaves cerrados hayan transformado la ciudad por completo. La ciudad de Buenos Aires construida bajo parámetros homogeneizadores de lo público resiste, pero la tendencia a la privatización de la ciudad y al repliegue en los espacios privados es fuerte. El modelo de la ciudad más integradora en América Latina ahora se pone en entredicho por los procesos que la desestructuran, en consonancia con su apertura a los grandes emprendimientos urbanísticos.

Los espacios de la globalización: los grandes proyectos urbanos

En efecto, después de casi veinte años de un proceso de desindustrialización y de descapitalización (deterioro de los servicios urbanos y de las infraestructuras, reducción del valor del patrimonio inmobiliario), la gestión de Carlos Grosso (1989-1992), primer intendente del periodo menemista, abre Buenos Aires a los mega-proyectos urbanos. La operación muy controvertida de 170 hectáreas en la antigua zona portuaria de Puerto Madero, según el modelo de los water fronts, guió y simbolizó, para muchos, el fin de la decadencia de la ciudad y la integración de franjas enteras de la ciudad al espacio globalizado y a la sociedad de redes (Keeling, 1996). La rehabilitación de los docks de Puerto Madero reactiva la construcción (inmuebles “inteligentes”) en la zona próxima de Catalinas Norte, que había sido concebida en los años setenta para ser el nuevo CBD (central business district). Puerto Madero, proyecto pendiente de Retiro, el Tren de la Costa, el reciclaje del viejo mercado central de frutas y verduras, El Abasto en el centro comercial, todas esas grandes obras presentes o futuras tienen en común responder a una lógica privada (venta del patrimonio territorial del Estado), al reciclar con un mismo modelo espacios de funciones ya obsoletas.

Durante casi diez años, la refuncionalización de baldíos urbanos en localizaciones centrales ha comprometido de forma espectacular al sector inmobiliario (Real Estate), que se convirtió, después de una larga parálisis, en uno de los motores de la nueva economía urbana, estimulada por

la aparición en Buenos Aires de grandes centros comerciales.⁶ Su rápido desarrollo contribuyó ampliamente a la idea de “nuevos espacios públicos” de consumo, en respuesta a una demanda de seguridad. Los trabajos de G. Capron recuerdan que el centro comercial es un espacio innegablemente privado, desde el punto de vista del derecho; sin embargo la urbanización de espacios más o menos públicos hace de estos lugares, espacios “privados colectivos”, de “urbanidad templada”, con umbrales de acceso poco marcados entre lo público y lo privado, pero de accesibilidad restringida, vigilados por guardias (Capron, 1998).

De estas grandes obras que redefinen porciones de espacios ha resultado una profundización de los contrastes en el seno de la metrópolis entre las zonas degradadas, menos densamente pobladas, al sur de la capital, pero también los barrios de clases medias empobrecidas (una parte de Flores, La Paternal, Villa Crespo, Villa Pueyredón), al centro/noroeste de la capital y el Barrio Norte que se verticaliza y densifica por una parte, y por la otra, una diferenciación creciente entre la capital y las periferias. Estos contrastes son tanto más marcados debido a que la regulación urbana está delegada en gran medida a operadores externos al campo político-administrativo. También se observa claramente cómo se instrumenta un principio diferenciado de gestión del espacio. Por un lado las grandes empresas de servicios urbanos privatizadas (Aguas Argentinas, Edenor, Edesur, etc.) y los grandes desarrolladores que tienen una influencia considerable en las reorganizaciones territoriales. Por el otro, las autoridades locales, las ONG, las asociaciones de habitantes y la Iglesia que, todas a su manera, desarrollan políticas sociales territorializadas en las «zonas desfavorecidas» del sur de la capital y las periferias. No se puede reducir la metrópolis a la ciudad-centro que se extiende sobre poco menos de 200 km². Concentra 25% del PIB del país y sus tres millones de habitantes tienen un ingreso medio de 24 mil dólares anuales (casi tres veces superior a la media nacional), mientras que más de un tercio de los habitantes de la periferia viven por debajo del nivel de pobreza. En estas zonas las autoridades locales, conjuntamente con actores emergentes, buscan instrumentar formas de sinergias —de empowerment para retomar el término de moda en los Estados Unidos— para hacer frente a los problemas de exclusión.

La “nueva” pobreza más difusa y más oculta que la “pobreza estructural” modifica los usos y las prácticas de la ciudad. Del mismo modo, el empobrecimiento de amplias capas de la sociedad ha ido a la par con la contracción del Estado en diversos sectores —privatización de grandes servicios urbanos

⁶ Más de la mitad de los hipermercados del país están situados en la región metropolitana de Buenos Aires (RMBA).

(agua, gas, electricidad, metro, trenes suburbanos)—, deterioro de la escuela pública y de la protección social, que se manifiesta por un debilitamiento de la cohesión social, en un clima anti estatista del cual fue partícipe una gran parte de la sociedad, al menos en los primeros años del menemismo. La vulnerabilidad de franjas enteras de la sociedad, en un momento en que Buenos Aires se convierte en una “ciudad abierta”, abandonada a las fuerzas del mercado, ha contribuido ampliamente a la crisis del espacio público en el sentido singular y plural. Si se piensa en el espacio público como lugar de conflicto y a la vez de integración, como de intercambio y circulación, la caída vivida por muchos como “un punto de no retorno” provoca en la ciudad lógicas de repliegue a los espacios privados.

La ciudad fragmentada

Comprender los cambios en la ciudad de Buenos Aires obliga a recordar la singularidad de la urbanización y las formas de integración que significó para los inmigrantes llegados del otro lado del Atlántico y después, a partir de los años cuarenta, desde el interior del país. Las formas de urbanización anteriores permitieron la formación de una amplia clase de propietarios, tanto en la capital como en las afueras y otorgaron a la ciudad una gran “homogeneidad dentro de la heterogeneidad”. Adrian Gorelik (1998) demuestra que, en la década de los años 1880, el desarrollo de la ciudad como un todo es el resultado de un proyecto público y que la cuadrícula (estatal) que permite a la ciudad extenderse hasta el infinito, constituye una matriz en la cual se han inscrito el crecimiento urbano y el ascenso social. La cuadrícula estatal controla el desbordamiento, cuando en los años treinta, la ciudad pasó por encima de la Avenida General Paz que circundaba la capital y se desarrollaron los fraccionamientos populares que caracterizan las periferias de Buenos Aires.

En muchos aspectos, la urbanización “extra muros” se parece a los chalets de entre guerras de la región parisina (Fourcaut, 1996). Mezcla de *laissez-faire* y de intervención pública, entre el orden de la cuadrícula el bricolage de la autoconstrucción y autourbanización, ese tipo de crecimiento urbano permitió el acceso masivo a la propiedad y a la casa propia. En ese movimiento las asociaciones de vecinos (sociedades de fomento) han desempeñado un papel importante en la construcción de numerosos equipamientos (veredas, redes de comunicaciones y servicios, dispensarios de barrio). Este pujante movimiento asociativo —fomentismo— fue esencial en la construcción de la ciudad y vehiculizó una cultura reformista e integradora basada en la idea de justicia social y progreso individual. Esta cultura está ahora vapuleada por

el empobrecimiento que paraliza esas formas de acción colectiva y bloquea las posibilidades de acceso a la propiedad.⁷

En Argentina, mucho se ha escrito sobre los “nuevos pobres” (Minujin y Kessler, 1995). En cambio, la espacialización de las nuevas formas de pobreza urbana no ha sido estudiada, como si se hubieran quedado en la ecuación simple del pasado: villa miseria = pobreza = ilegalidad. La observación del ensanchamiento de las formas de pobreza en la ciudad demuestra, por el contrario, que su extensión no está acompañada de una homogeneización. Tradicionalmente los pobres eran los habitantes de hoteles y pensiones en la capital, de los conventillos, construidos a comienzos de siglo en los barrios obreros de la Boca y Barracas. Después, aparecen las villas miseria con las grandes migraciones del interior, primero en las cercanías del puerto y de la zona industrial del Riachuelo, para después extenderse a lo largo de los ríos Riachuelo y Reconquista, formando verdaderos guetos en la ciudad. Si bien la pobreza se diluye hoy en el conjunto urbano, no obstante se pueden dibujar grosso modo sus contornos: los barrios degradados de la capital, al sur de la Avenida Rivadavia, las zonas de villas y de ocupaciones colectivas de terrenos (asentamientos) que se han multiplicado en los años ochenta, pero también los lotes más alejados del centro, en las municipalidades de la periferia lejana. Allí se encuentran reunidos tanto los pobres expulsados de la capital por los militares y por el encarecimiento de los alquileres, como los nuevos llegados del interior. Todos los índices —mortalidad infantil, desempleo, NBI (necesidades básicas insatisfechas), zonas de alto riesgo sanitario, delincuencia, fuerte crecimiento demográfico—, muestran situaciones de extrema precariedad.

Por eso hoy en día, la espacialización de la pobreza ya no debe pensarse solamente en términos de enclave, sino más bien en términos de gradación, como un fenómeno que alcanza a una amplia parte del territorio y que acentúa las fronteras entre los diferentes barrios, incluso entre las manzanas, yendo así en contra de la representación clásica de la pobreza, en una ciudad donde las villas miseria habían sido y continúan siendo para muchos gestores de políticas sociales, el modo de designación del problema. Conviene sustituir la lectura dual del espacio urbano, por la de una segregación disociada (Béhar, 1995), incluso la de un “emparejamiento selectivo” (Cohen, 1997) que supone que se desarrollan en el seno de cada grupo, de cada vida, tensiones que hasta ahora eran propias de rivalidades intergrupales. Esta propiedad “fractal” de fenómenos de inequidad explica el crecimiento de las desigualdades dentro de los mismos territorios. En

⁷ El acceso masivo a la propiedad fue posible por una serie de políticas implícitas del Estado y las lógicas de acción colectiva de los habitantes (sociedades de fomento), cf. H. Torrès, 1993.

esos barrios, el miedo a la exclusión acentúa las "lógicas de separación"⁸ que se inscriben en la problemática ya clásica de la tensión entre distancia social y proximidad geográfica.

La caída brutal de una amplia parte de las clases medias "sin esperanza de reascenso social" es un dato fundamental. El estudio de las estrategias aplicadas por los empobrecidos para atenuar los efectos de lo que ya no puede ser considerado como una "crisis", permite medir toda la importancia del "capital espacial" como elemento clave de diferenciación.

- Entre los mismos empobrecidos en función de su localización en la ciudad (mayor o menor accesibilidad al centro: los cafés, los servicios, etc.), el aspecto de la movilidad y transporte resultan centrales para comprender las formas de exclusión.
- Entre los "verdaderos pobres" y los empobrecidos (los "nuevos pobres"), porque el empobrecimiento y el desempleo rompen el esquema bipolar anterior: de un lado los asalariados, del otro los pobres asistidos.

El capital espacial se entiende como el conjunto interiorizado de formas de relación (intelectuales y prácticas) de un individuo con el espacio considerado como bien social. Si retenemos esta definición, se puede entonces pensar en analizar el espacio en función de las representaciones y de los usos que los individuos hacen de él. Este capital se construye con la experiencia. Asimismo, la recolección de datos empíricos que permiten la descripción de esos espacios, así como la recopilación de las palabras de los habitantes enunciadas tanto en la acción como ex-post, son esenciales en nuestro método de aproximación al problema. Así es como debe comprenderse el uso de las entrevistas en que se basan nuestros análisis.

Para las clases medias empobrecidas, se trata de reafirmar las fronteras entre "ellos" y "nosotros", mientras que la imbricación compleja de las situaciones de pobreza exacerba las diferencias. Para no tomar más que un ejemplo, en la Municipalidad de General Sarmiento, en el Cuartel Dos, el destino incierto de este fraccionamiento pobre situado en los linderos de la ciudad, entre barrio y villa, entre lo que se habría querido ser y lo que se teme ser en el futuro, desata lo que podría calificarse como síndrome de pequeños blancos frente a los habitantes de las villas miseria vecinas de las cuales se quieren separar a toda costa, poniendo en el lugar fronteras visibles como en los barrios ricos de la periferia norte. Aquí los habitantes han instalado una pequeña garita de seguridad vigilada por policías jubi-

⁸ Término empleado por A. Villechaise, en su estudio sobre la pauperización de las clases medias en una zona de grandes conjuntos de las afueras bordelesas (Villechaise, 1997).

lados. Después el almacén ha comenzado a proveer a sus clientes detrás de rejas; numerosas casas han puesto rejas a sus puertas y ventanas (Kessler, 1998). Por el contrario, los vínculos de vecindad para desarrollar acciones colectivas son muy limitados.

En la ideología fomentista, siempre ha sido fuerte el rechazo de los que ponen en peligro la fisonomía, armonía y sociabilidad del barrio. Para los habitantes de los barrios periféricos, en los que la vulnerabilidad social se ha acrecentado en extremo, la regularización de las parcelas de los villeros, enclavadas en los barrios en vías de consolidación, surgió como una amenaza. Lo mismo sucede con la presencia de asentamientos cercanos a las zonas de lotes populares,⁹ vivida por los habitantes como una desvalorización de su espacio. La metáfora del naufragio aparece a menudo en el discurso de estos pequeños propietarios debilitados por la crisis. Éstos, a diferencia de los más pobres, no esperan nada de la municipalidad. Para ellos, los problemas urgentes —el empleo y la seguridad— requieren soluciones privadas y su discurso defensivo expresa su resentimiento frente a los equipos municipales “basistas”¹⁰ de la segunda corona que “gobiernan para los pobres”.

A esta primera separación entre propietarios y no propietarios, que hace renacer el viejo temor por los villeros, se superponen múltiples fronteras en espacios considerados a menudo como homogéneos, los asentamientos o villas miseria. Diferencias sutiles en el aspecto del barrio, las casas y el acceso a los servicios, son presentadas por los habitantes como signos de pertenencia o exclusión. Así, en la villa miseria de Itatí (municipalidad de Quilmes), “los de arriba” piensan que los problemas de “los de abajo”, los más pobres que están instalados en una cantera —La Cava— no pueden arreglarse más que con su desplazamiento. Ocurre como si los villeros hubieran interiorizado los métodos del pasado: esconder y desplazar.

Estas múltiples fronteras que atraviesan los espacios de la periferia y separan a los pobres de los menos pobres, a los villeros de los habitantes de los asentamientos, a los propietarios de los no propietarios, dan lugar a estrategias de esquivamiento,¹¹ formas de territorialidad exacerbada y de identidad restringida, en ruptura con la situación anterior. La ecuación vecindad/solidaridad que había sido fuerte en los barrios de lotes populares aparece cada vez menos pertinente. En lo más grave de la crisis, en las

⁹ “La gente de nuestro barrio no quiere reconocer su historia, su pasado. Ayer estaban todavía en la obscuridad y en el lodo. Hoy se oponen a que la cooperativa organice una olla popular para los pobres del asentamiento vecino de San Ambrosio. Y habitantes armados cuidan la cooperativa”, Entrevista con el fundador de la Cooperativa Pucara-Trujui, situada en los confines de Moreno y General Sarmiento, en agosto de 1989. Esta zona había sido uno de los puntos neurálgicos de los estallidos de mayo de 1989.

¹⁰ Equipos municipales venidos desde la militancia y la acción social de base, en los barrios pobres.

¹¹ En las zonas donde las villas miseria, los viejos barrios pauperizados y los de clase media están imbricados, como en la Municipalidad de Avellaneda, vemos poner en práctica estrategias para escapar de la tarjeta escolar.

revueltas por hambre de 1989, los barrios pobres del fondo de la periferia se vuelven unos contra otros (Prévôt Schapira, 1990).

Conclusiones

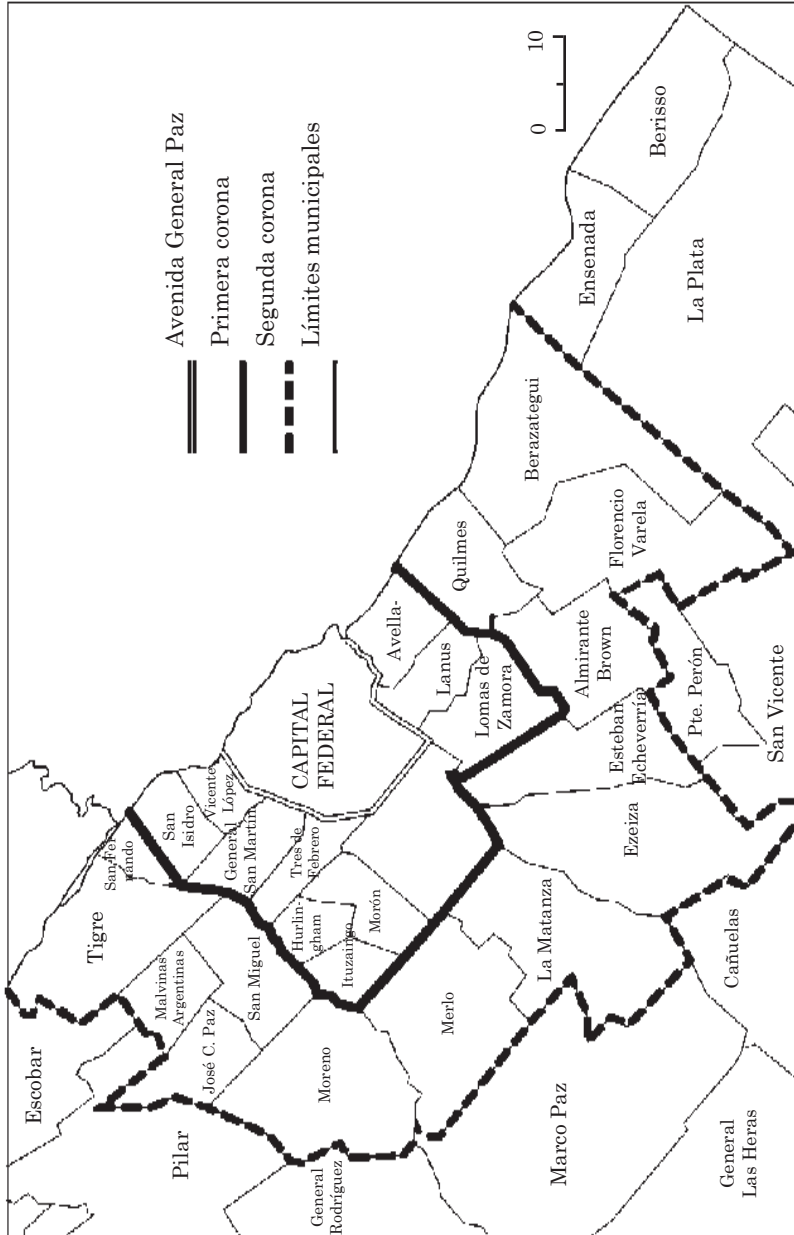
Esas formas de territorialidad exacerbada e identidad restringida están aún más acentuadas por la reducción de la movilidad en la ciudad. Por otra parte, en el imaginario popular de los jóvenes, la pobreza es la inmovilidad. Frente al “nosotros” en los que se incluyen los jóvenes de sectores populares que pueden “darse vueltas” y “progresar”, “el pobre sería el que permanece continuamente en su lugar, siempre en su mismo y eterno lugar, abajo” (Auyero, 1993). El deterioro del transporte público subvencionado y el encarecimiento de otros medios de transporte (autos particulares, autobuses), refuerza en extremo el efecto de la distancia al centro y el sentimiento de exclusión. Asimismo, el sentimiento de que hay un “antes” y un después en la historia de los barrios y del fomentismo, retorna constantemente en el discurso de los dirigentes de asociaciones, pues la pérdida del empleo y la precariedad ya no permiten financiar trabajos colectivos como en el pasado. Esta pérdida de la capacidad integradora de la ciudad se sufre con amargura, como si el Estado hubiera abandonado los valores fundadores de la República.

Vemos así dibujarse un modelo de “ciudad estallada, fragmentada. El análisis de la ciudad en términos de fragmentación, en razón de las múltiples fronteras que dividen el espacio en un continuum que se empobrece, parece ser en adelante más operativo que el de los términos centro/periferia que había dominado hasta ahora. En el gran Buenos Aires, la brecha se ensancha entre los pobres y los “pudientes”, en una inmensa periferia cada vez más separada y fragmentada donde emergen “enclaves” residenciales. Si bien el fenómeno de los barrios privados es aún minoritario en Buenos Aires, es revelador de los cambios profundos que han afectado a la sociedad argentina. El repliegue sobre los espacios privados de los empobrecidos, el aumento de la violencia y el miedo a la inseguridad contribuyen a esas formas de separación de pequeños espacios entre sí, como si la sociedad debilitada por la crisis no soportara más la vulnerabilidad de los espacios públicos. La presencia cada vez más visible de dispositivos de cerramiento (rejas, garitas, sistemas de vigilancia) tanto en los barrios privados como en los lotes populares testimonian la nueva disposición entre las diferentes partes de la ciudad.

Traducción: Hilda Iparraguirre

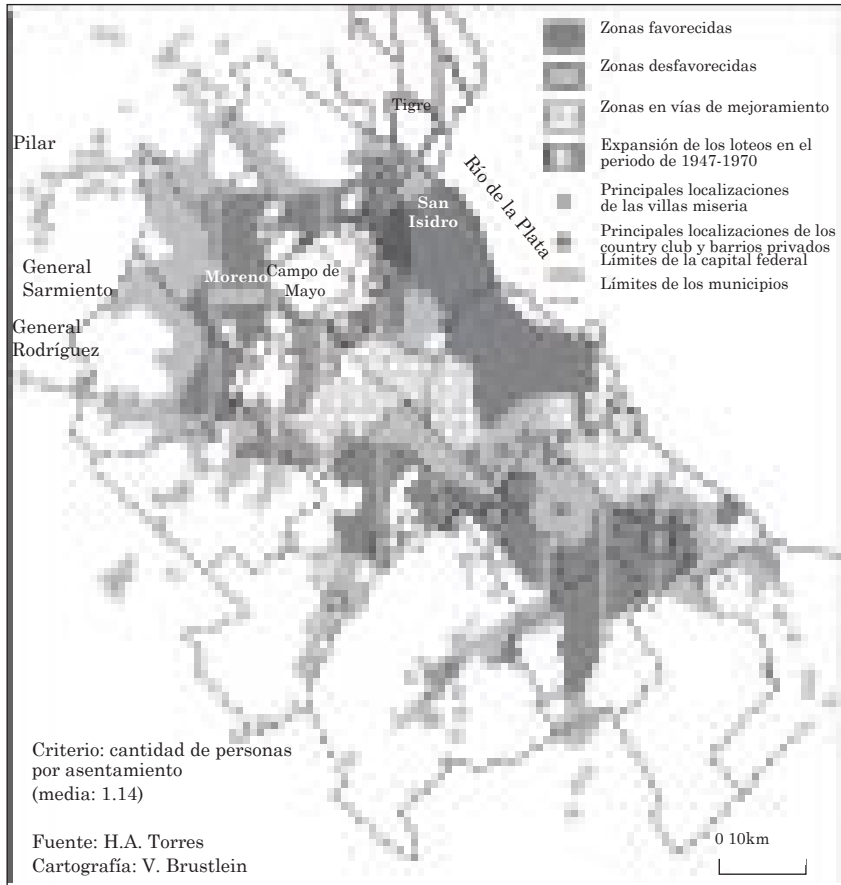
recibido en octubre de 2001
aceptado en noviembre de 2001

Mapa 1
EL GRAN BUENOS AIRES



Mapa 2

MAPA SOCIAL DEL GRAN BUENOS AIRES (1947-1991)



Cuadro 1
REGIÓN METROPOLITANA DE BUENOS AIRES (RMBA)

	Superficie	Población
Capital	200 km ²	3.1 Mhab
Conurbano (primera y segunda corona) o sea 25 municipios	3,680 km ²	9 M
Gran Buenos Aires	3,860 km ²	12 M
Tercera corona formada por 15 municipios, en un radio de 50 a 70 km, en dirección La Plata al sur y Pilar, Luján, Zárate, al noroeste	15,800 km ²	1.6 M hab
RMBA	19,680 km ²	14 M

Bibliografía

- ASCHER, François y Francis Godard, 1999, "Vers une troisième solidarité", *Esprit*, noviembre, pp. 168-189.
- AUYERO, Javier, 1993, Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares, Buenos Aires, Cuadernos 2, GECUSO.
- BATAILLON, Claude, 1993, Mexico au début du xxie siècle, en Marie-France Prévôt Schapira y Jean Revel-Mouroz (coords.), *Le Mexique à l'aube du troisième millénaire*, Travaux et Mémoires de L'IEHAL.
- BECARRIA, Luis y Néstor López (comps.), 1996, Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos sobre la sociedad argentina, UNICEF/LOSADA.
- BÉHAR, Daniel, 1995, "Banlieues, ghettos, quartiers populaires ou ville éclatée, l'espace urbain à l'épreuve de la nouvelle question sociale", *Les Annales de la Recherche Urbaine*, núm. 68-69, sept-déc, pp. 6-14.
- BITOUN, Jan, 1999, "Les territoires du dialogue: Mots de la ville et enjeux de la gestion participative à Recife", Document de travail MOST, núm. 37, Projet Les mots de la ville.
- CAPRON, Guénola, 1998, "Les centres commerciaux à Buenos Aires. Les nouveaux espaces publics de la ville à la fin du xxe siècle", *Annales de la Recherche Urbaine*, núm. 78, marzo, pp. 55-63.

- CASTEL, Manuel, 1974, *Estructura de clases y política urbana en América Latina*, Santiago de Chile, Ed. SIAP, 286 pp.
- CASTEL, Robert, 1995, *Les métamorphoses de la question sociale, une chronique du salariat*, Fayard, *L'Espace du Politique*, 490 pp.
- CICOLELLA, Pablo, 1997, "Globalización y dualización en la región metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socio territorial en los años noventa", en *Eure*, vol. xxv, núm. 76, Santiago de Chile, diciembre, pp. 5-27.
- COHEN, Daniel, 1997, *Richesse du monde, pauvretés des nations*, París, Flammarion.
- FOURCAUT, Annie, 1996, "Lotissements, mal-lotís et crise urbaine en la banlieue dans l'Entre-deux-guerres" en *Cities, Villes, Ciudades*, París, PIR-Villes, junio, pp. 15-17.
- GORELIK, Adrian, 1998, *La grilla y el parque. La emergencia de un espacio público metropolitano en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- KEELING, David J., 1996, *Buenos Aires: Global Dreams, Local Crises*, Chichester, John Wiley & sons Ltd., 256 pp.
- KESSLER, Gabriel, 1998, *L'appauvrissement des classes moyennes en Argentine*, thèse de doctorat, Paris, EHESS.
- , 1999, "L'expérience de paupérisation de la classe moyenne argentine", en *Cultures y Conflits*, núm. 35, otoño, pp. 71-93.
- LAUTIER, Bruno, 1999, "Les politiques sociales en Amérique Latine. Propositions de méthode pour analyser un éclatement en cours", *Cahier des Amériques Latines*, núm. 30, pp. 19-44.
- LEMPÉRIÈRE, Annick, 1996, "La sécularisation de la capitale, De l'espace sacré à l'espace civique: México au XIXe siècle", en Monnet Jérôme, *Espace, temps et pouvoir dans le nouveau monde*, París, Anthropos.
- MATOS MAR, J., 1984, *Desborde popular y crisis del Estado*, Lima, IEP.
- MINUJIN, Alberto y Gabriel Kessler, 1995, *La nueva pobreza en Argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- MOLLENKOPF, John H. y Manuel Castells (dirs.), 1992, *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York, Russel Sage Foundation.
- NAVEZ-BOUCHANINE, Françoise, 2001, "Des villes entre fragmentation spatiale et fragmentation sociale", en Dorier-Apprill E. (dir.), *Vocabulaire de la ville*, Ed. du Temps.
- NOVICK, Aliccia y Horacio Caride, 1999, "Ciudad versus área metropolitana. Notas para una historia de Buenos Aires", *Document de travail MOST*, núm. 37, *Projet Les mots de la ville*.

- PRÉTÉCELLE, Edmond y Luis Cesar de Queiroz Ribeiro, 1999, "Tendências de segregação social em metrópoles globais e desiguais: Paris e Rio de Janeiro nos anos 80", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, núm. 40, vol. 14, junio, pp. 143-162.
- PRÉVÔT SCHAPIRA, Marie-France, 1990, "Crise urbaine, pauvreté et émeutes de la faim dans le Grand Buenos Aires", *Problèmes d'Amérique Latine*.
- , 1996, "Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984-1994" en *Revista mexicana de Sociología*, vol. 59, núm. 2, abril-junio, actualizada en *Les Annales de la Recherche Urbaine*, núm. 86, junio de 2000, pp. 133-143.
- , 1999, "Amérique Latine, La ville fragmentée", *Esprit*, noviembre. (traducción española, *Revista de Occidente*, julio-agosto 2000, núm. 230-231).
- REICH, Robert, 1991, *The Work of Nations* (trad. *L'Économie mondialisée*, París, Dunod, 1993).
- SANTOS, Milton, 1990, *Métropole corporativa fragmentada, o caso de São Paulo*, Ed. Nobel, 118 pp.
- SASSEN, Saskia, 1996, *La ville globale, Nueva York, Londres, Tokio, París, Descartes & Cie.*
- SCHIAVO, Esther, 1997, *El servicio de agua en Quilmes: gestión local a contramano de la historia*, en Oszlak Oscar (comp.), *Estado y sociedad: las nuevas reglas del juego*, vol. 1, Col. CEA-CBC, Buenos Aires, Ed. UBA.
- SCOBIE, James, 1977, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1879-1910*, Ed. Solar Hachette, Buenos Aires.
- SMITH, Neil y Peter Williams, 1986, *Gentrification of the City*, Londres, Allen and Unwin Edition.
- SVAMPA, Maristella, 2000, "Clases medias, cuestión social y nuevos marcos de sociabilidad", *Punto de vista*, núm. 67, agosto, pp. 34-40.
- THUILLIER, Guy, 2000, "Les quartiers enclous à Buenos Aires. Quand la ville devient country", *Cahiers des Amériques Latines*, pp. 41-56.
- TORRES, Horacio, 1993, "El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)", serie *Difusión*, núm. 3, Secretaría de Investigación y Posgrado, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo.
- VIDAL, Laurent, 1995, "Les mots de la ville au Brésil. Un exemple : la notion de fragmentation", *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 18, pp. 161-181.
- VILLECHAISE, Agnès, 1997, "La banlieue sans qualités. Absence d'identité collective dans des grands ensembles", *Revue Française de Sociologie*, abril-junio.